

Homilía de la Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo

27 de junio de 2020

Padre Valentin Iurochkin

Hoy celebramos la Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, Apóstoles. Ambos vivieron en su vida de una manera muy particular el destino de Cristo viviendo las bienaventuranzas que el Señor Jesús les enseñó.

Y es importante recordar la importante enseñanza del Papa Benedicto XVI sobre estos Santos. Él dice: "La fe que viene a nosotros como una palabra también debe convertirse en palabra en nosotros, una palabra que es simultáneamente la expresión de nuestra vida." Es decir, la palabra que contemplamos (que se nos da como alimento durante la liturgia de la Palabra) debe convertirse en la palabra e hizo en nosotros y a través de nosotros. Y esto sólo será posible si cada uno de nosotros se convierte en un atento oyente de la Palabra de Dios. Y sobre esto habla hoy San Pablo en su carta a los Gálatas: "Pero cuando Dios, que desde el vientre de mi madre me había apartado y me había llamado por su gracia, se complació en revelarme a su Hijo para que lo anunciara a los gentiles, no subí inmediatamente a Jerusalén a los que fueron apóstoles antes que yo, sino que me fui a Arabia". Y es en ese momento durante 3 años (= similar a los Apóstoles) la contemplación de las palabras de Dios fue un momento en el que Cristo nuestro Señor se estaba formando en él. Benedicto XVI continúa: "Debemos acostumbrarnos a Dios, como Dios se acostumbró a nosotros los hombres. Debemos acostumbrarnos a los caminos de Dios para aprender a llevar su presencia en nosotros". Sólo el encuentro con San Pedro y San Pablo será enviado a predicar al mundo de los gentiles el Evangelio, al mundo que aún espera la revelación de los hijos de Dios.

Hemos comenzado esta homilía diciendo que los Apóstoles vivían de manera muy particular las bienaventuranzas. Ambos fueron perseguidos y sufrieron el martirio por causa de la justicia. De hecho, San Pablo escribe en sus cartas: "Se nos trata como impostores y, sin embargo, somos verdaderos; como desconocidos y, sin embargo, conocidos; como moribundos y he aquí que vivimos; como castigados y, sin embargo, no muertos; como tristes y, sin embargo, siempre alegres; como pobres y, sin embargo, enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada y, sin embargo, poseyéndolo todo" (2 Cor 6, 8-10). "Somos afligidos en todo, pero no aplastados; perplejos, pero no

desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos" (2 Cor 4, 8-9). San Pablo escribe sobre su experiencia de sufrimiento considerando que él ha sido hecho "el último de todos", y sin embargo experimenta una alegría ilimitada. Podemos ver claramente aquí la interconexión entre la Cruz y la Resurrección: Somos entregados a la muerte "para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2 Cor 4,11). Y el Papa Benedicto XVI en su libro Jesús de Nazaret escribe algo muy importante sobre la vida de cada cristiano diciendo: "En sus mensajeros Cristo mismo todavía sufre, todavía cuelga de la Cruz. Y sin embargo, Él ha resucitado, irrevocablemente resucitado. Aunque el mensajero de Jesús en este mundo sigue viviendo la historia de su sufrimiento, el esplendor de la resurrección brilla y trae alegría, una bendición, mayor que la que pudo haber experimentado anteriormente en el camino de este mundo. Sólo ahora se da cuenta de lo que es la verdadera felicidad, la verdadera bendición".

La celebración de hoy de los Apóstoles Pedro y Pablo, de su vida y martirio traza para nosotros la vida de cada cristiano. También nosotros, al vivir en este mundo en medio de las luchas y dificultades, somos llamados por Dios a seguir sus pasos, para que la palabra que aquí contemplamos se convierta al mismo tiempo en la expresión de nuestra vida hasta que Cristo se forme en nosotros.

Que la intercesión de los Apóstoles Pedro y Pablo nos ayude a imitarlos y que la verdadera escucha atenta de la Palabra de Dios se convierta en otra imagen de Cristo.